

RECENSIÓN DE / REVIEW OF: Gabriel Cooney. *Death in Irish Prehistory*. Royal Irish Academy. Dublín, 2023, 454 pp., 121 figs. ISBN: 978-1-80205-009-7.

Rafael Garrido Pena  Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid
rafael.garrido@uam.es

Hay pocas cosas universales e ineludibles para todos los seres humanos y una de ellas es, sin duda, la muerte, y por ello ha merecido especial atención en todas las culturas. La forma en la que afrontamos este hecho inevitable refleja en buena medida lo que somos y lo que pensamos también sobre la vida. Para la Arqueología ha sido una fuente de información muy valiosa. La escuela historicista más tradicional se ocupó de ello de forma casi obsesiva, en tanto que fuente privilegiada de datos para la construcción de secuencias crono-culturales. Las tumbas también eran lugares donde se asociaban tipos de cultura material significativos, que permitían construir ‘culturas arqueológicas’, o incluso definir migraciones e invasiones. También la Arqueología procesualista de los años 1960-70 desarrolló dentro de sus ‘teorías de alcance medio’, la entonces denominada ‘Arqueología de la muerte’, según la cual la esfera funeraria se consideraba como un reflejo fiel y directo del mundo de los vivos, y era ideal, por tanto, para su estudio. Los modelos teóricos posprocesuales y materialistas fueron muy críticos con todo ello, porque tendieron a considerar el registro funerario como un territorio distorsionado y manipulado por la ideología. Pese a la influencia de todos estos factores podemos asumir que en buena medida existe una correspondencia con el mundo de los vivos. Son ellos quienes entierran a sus familiares o allegados, a veces con grandes dispendios que sobrepasan su propia capacidad, pero que no pueden venir de la nada. Por todo ello, parece claro que una buena forma de aproximarse a las sociedades del pasado es a través de sus tumbas.

Eso debió pensar el Dr. Gabriel Cooney, catedrático emérito del University College de Dublín, cuando decidió proporcionar, con la obra que nos ocupa, un relato consistente sobre la Prehistoria irlandesa a través del estudio de sus manifestaciones funerarias. El autor no es solo un perfecto conocedor del tema, al que ha dedicado toda su vida investigadora, sino también de los debates teórico-metodológicos, analíticos y de registro arqueológico que rodean la investigación de los contextos funerarios en la Prehistoria europea. Cooney sintetiza magistralmente el tema en los capítulos iniciales de la obra que aquí reseñamos. Esto no es nada fácil tratándose de cuestiones espinosas y polémicas en algunos casos, como, por ejemplo, el impacto de la “revolución arqueogenética” o la interpretación de la desigualdad social a través del análisis de los ajuares funerarios.

La estructura del libro es sencilla y lógica para la ambiciosa tarea que se plantea: presentar de forma amena y comprensible 8500 años de registro arqueológico funerario, desde los primeros habitantes mesolíticos (c. 8000 a. C.) hasta la cristianización de Irlanda y los comienzos del periodo histórico (c. 400 d. C.). Hay dos capítulos iniciales que sintetizan de forma brillante cuestiones previas muy diversas, pero necesarias, como son el marco geográfico y cronológico, los enfoques teóricos, las características de las poblaciones analizadas y su correspondencia o no con las originales del pasado. Hay, además, un capítulo final de conclusión, recapitulación y conexión con el presente, a través del recuerdo del impacto de la pandemia del covid-19, gran ocasión para repensar la muerte como sociedad en un mundo globalizado y desconectado de sus propias raíces. Resulta interesante la mirada arqueológica que el autor propone sobre los cambios en los rituales funerarios impuestos por la pandemia y la prolongación de algunos incluso más allá de ella.

El desarrollo central del libro se organiza en capítulos con una evidente sucesión diacrónica: el tercero sobre los grupos cazadores recolectores, fundamentalmente desde el Mesolítico, el cuarto en torno a la neolitización y el impacto de la monumentalidad megalítica, el quinto sobre los enterramientos del Calcolítico/Bronce Antiguo, el sexto sobre los del Bronce Medio y Final y el séptimo en torno a la Edad del Hierro y la Irlanda ‘céltica’ hasta su romanización y cristianización.

En ellos el autor presenta un estado de la cuestión detallado, con alusiones al contexto europeo general y la descripción (quizás a veces excesivamente minuciosa), de algunos yacimientos clave, incluyendo los más recientes descubrimientos y su aparato analítico correspondiente, así como extensas reflexiones sobre el posible contexto ideológico y religioso. Se presentan hallazgos tan sorprendentes como las primeras cremaciones mesolíticas, acompañadas a veces de hachas pulimentadas, en cronologías próximas a la neolitización (c. 4000 a. C.) y, quizás, resultado de la proximidad o interacción con grupos de economía productora. O también los primeros cuerpos

depositados en los pantanos, ya en el Mesolítico, como en Stoney Island. En todos los capítulos sobrevuela el gran problema de la escasez de individuos aparecidos en comparación con las poblaciones reales de cada periodo. Ello es particularmente claro en el caso de las sepulturas megalíticas de la isla, donde no solo faltan muchos individuos sino también partes anatómicas, lo que demuestra la circulación de restos humanos.

El autor se plantea de forma crítica hasta qué punto los rituales funerarios que documentamos en cada fase pueden ser considerados representativos de la manera de entender la muerte en cada una de ellas o si son solo versiones peculiares de ciertos sectores sociales dentro de su propio mundo simbólico. Las reflexiones de Cooney sobre la dinámica de los osarios megalíticos, los grupos de edad representados, el distinto tratamiento, el desarrollo de los rituales secundarios, los vínculos de parentesco y su interpretación dentro del contexto ideológico de las identidades relacionales y fragmentarias con su contexto social, no solo resultan de interés para especialistas en la Prehistoria irlandesa, sino para cualquiera que quiera indagar en el megalitismo en cualquier lugar de Europa occidental.

Se incorporan también en el relato los resultados más importantes de los recientes estudios arqueogenéticos, bien sintetizados, con hallazgos singulares, y yendo más allá de las lecturas en términos de genética de poblaciones y migraciones (origen de la neolitización, de la expansión de las lenguas indoeuropeas). Cooney resalta la existencia de vínculos de parentesco entre individuos enterrados en diferentes tumbas megalíticas irlandesas o el espectacular caso de incesto documentado en Newgrange, que dio lugar a polémicas interpretaciones sociales, que el autor critica.

El libro también refleja de forma muy acertada la complejidad y heterogeneidad del panorama funerario y social del Calcolítico y la Edad del Bronce, más allá de antiguos esquemas simplistas sobre el surgimiento de las sepulturas individuales frente a las colectivas. Como en todo el ámbito atlántico, en Irlanda son frecuentes las reutilizaciones campaniformes de los sepulcros megalíticos, incluso con la construcción de un tipo específico de monumentos (*wedge tombs*), donde cremaciones e inhumaciones coexisten en una diversidad de prácticas funerarias relacionadas con la irrupción de dicho fenómeno campaniforme. Muy interesante también es el contraste entre las supuestas migraciones propuestas en los estudios genéticos y la notable continuidad en muchas de las pautas funerarias a lo largo de la Prehistoria. Esto sigue documentándose a lo largo de toda la Edad del Bronce y del Hierro, etapas en las cuales se generalizan las cremaciones, a las que el autor dedica interesantes reflexiones sobre la representación de los cuerpos, la identidad personal y los aspectos religiosos. La aparición ocasional de inhumaciones durante la Edad del Hierro en contextos especiales como los conocidos cuerpos de los pantanos, sacrificios en su mayoría, es también objeto de reflexión en el libro. Esa continuidad de ritos y creencias se mantiene durante la romanización y cristianización de la isla, con interesantes indicios de sincretismo.

Cada uno de estos capítulos está precedido de un breve relato imaginario que recrea un ritual funerario característico de cada periodo, acompañado por una ilustración alusiva. Otras imágenes y poemas dentro de la obra expresan de forma explícita cómo la emoción y la muerte van íntimamente unidas. El poema que abre el libro, a cargo de Bernard O'Donoghue, habla de la compañía de los muertos. El que lo cierra, de Una Mannion, refleja la desolación que produce en cualquiera el descubrimiento de un enterramiento infantil, por mucha experiencia que se tenga en las lides de la arqueología funeraria. Quien lo probó lo sabe.

Uno de los grandes aciertos de este libro es el protagonismo de las ilustraciones, a cargo de Conor McHale, artista, pero también arqueólogo, que casi podríamos considerar coautor del libro, por el papel esencial que tienen en el discurso. La propia maquetación de la obra es atractiva, combinando diferentes colores del papel, lo que ayuda a subrayar y distinguir las ilustraciones, esquemas, planos y gráficos que acompañan el discurso y descripción de los yacimientos. Todo ello, unido a la habilidad narrativa y el conocimiento del Dr. Cooney, convierte a este libro en un magnífico ejemplo de alta divulgación científica, pese al elevado número de páginas y la excesivamente minuciosa descripción de muchos de los hallazgos. Llama, eso sí, la atención la escasez de ilustraciones sobre los materiales arqueológicos, en comparación con la de estructuras arqueológicas, muchas veces reiterativas. Tampoco abundan sus reconstrucciones, lo cual, unido a su abundante aparato técnico descriptivo, restringen, quizás, el alcance potencial del libro más allá de especialistas y alumnado universitario. El volumen importante de notas bibliográficas, de acceso incómodo, agrupadas al final del libro en un formato de letra muy pequeño, tampoco ayudan a este respecto. Pero a pesar de todo ello, esta monografía supone una aportación muy destacada, una lectura amena e interesante, una aproximación rigurosa y atractiva a la Prehistoria irlandesa. Quevedo nos decía en su inolvidable soneto que leyendo vivía en conversación con los difuntos y escuchaba con los ojos a los muertos. Quizás sea eso mismo lo que libros como este se proponen también, pero no leyendo textos, sino huesos, objetos y estructuras, que son mucho más que eso: el testimonio de lo que sintieron y creyeron otros seres humanos del pasado, indefensos ante la realidad última e inexorable de su propia desaparición y la de su mundo.